



Crímenes de familia

Jéssica de la Portilla

LA CLOACA era el único antro decente. Rock en español, los videos de siempre, cerveza... Total: habíamos ido a pasarla bien. Pero, no sé por qué, cada que visitaba a Carla terminábamos ahí. Ebrias. Más de lo acostumbrado.

Todos brindamos una, dos, diez mil veces. Una chica vomitó. Otra sacó la primera grapa.

Fui al baño. Carla me siguió.

—¿El piso se mueve, güey?, ¿o soy yo?

Mi prima delineó sus labios con lápiz negro mate.

—Como que el techo da vueltas. ¿Sigues peda?

Carla me alcanzó la bolsa de cosméticos.

—Ya se me está bajando. Comienzo a sentir el efecto... Nomás vine a ver si no me echaste cocaína en la nuca.

—¡Cálmate! —reí—. Ni que fueras Liliana. El único polvo entonces era el talco de la Bere.

Más risas. Las mismas anécdotas infantiles: Carla y Mary torturan a las primas pequeñas. Carla y Mary escapan de los tíos para hacer travesuras.

—Me gustaba más la otra puta encabronada con su canción. ¿Granos, espinillas o acné?, ¡pero qué feos se ven!, en la casa o en la oficina... ¡Anda! Canta conmigo.

Mi prima rió hasta que las lágrimas le arruinaron el maquillaje blanco.

Retoqué mi labial rosa pastel.

—¿Pidieron otra ronda de chelas?

Carla superó el ataque de risa. Pero en los ojos aún tenía lágrimas.

—¿Qué traes, tú?

Carla dio un paso hacia atrás.

—Ah, ya. Te acordaste del baboso ése. Supéralo. Ya embarazó a la otra.

—No, güey —el espejo distorsionaba el movimiento de los labios negros—. Necesito que... me perdones...

—¿Que te perdone?, ¿qué cosa?

—Por ser hija de... del demonio... Maldita frase.

La bolsa rodó por el suelo.

—¿De qué hablas? Ah, ya. ¿Se te subió pero lo darketa, verdad?

—Él mismo me lo confesó.

Silencio.

Yo no quería tocar ese tema.

—Ahorita no recuerdo cómo estuvo. Y perdona que te lo diga sin estar en mis cinco sentidos, ni en cuatro, ni en uno... Pero, tú sabes, ¿no?

Quién mejor para comprenderlo.

—Sacaron las botellas en casa de mi tía. Bailar y todo eso, lo normal. Alguien puso a tu Jim Morrison y sentí que me faltabas. Mi tía se echó de hidalgo su cuba cuando le dije que nunca entendí por qué eres así, güey. Y contestó bien enigmática, según ella: “Nena, yo sí sé por qué son igualitas”.

¿Cómo no iba a saber lo que pasa o pasaba en su propia recámara?

—De pronto lo entendí. Igual y sin alcohol encima ni me habría caído el veinte.

Mis sombras azul celeste comenzaron a correrse también.

—José Enrique y yo. Juntos. Mi cerebro me lo restregó con tanto sueño marrano, yo despertaba y movía la cabeza, ¡no!, ¡jamás pasará ni pasó!; son mis fantasías puercas, carajo, creo que les llaman complejos edípicos...

Y yo callé. Yo que vi a mi prima crecer feliz con su papito pedófilo y una madre cómplice... Callé durante veinte años creyendo protegerla, creyendo que el monstruo antropófago nos tragaría a todas, sí, a todas pero jamás a ella.

Y valió gorro porque mi tía se emborrachó. Como siempre.

—Cuántas noches de inexplicable tristeza, mis siete intentos de suicidio, genes alcohólicos, amor a la mierda y al *gore* y a todo aquello que ya esté podrido... Mi aversión a ese dios que el mundo entero alaba pero que a mí —a mí— me traicionó. Yo era una niña. ¡Y cada domingo me llevaban a misa! Ja, ja. ¿Mis papás pedían por salvar su alma o por la mía?

En mi escuelita católica no se tocaban ciertos asuntos. Por un comercial de “Y, mucho ojo...” comprendí mi verdad a los nueve u once años de edad. Antes me preguntaba si no sería paramnésica: el mismo comedor con botellas

vacías, la habitación con las niñas que no se despiertan, un cuadro de Jesucristo y la sombra temida detrás de la puerta, Señor, líbranos de José Enrique. Líbranos de todo mal. Por favor.

—Fumo yerba desde los doce. Nadie lo supo, a nadie le importó. Pero a mis dieciséis, el gran escándalo. ¡La niña estudiosa ya hasta se inyecta! Ja, ja, ja. De ejemplo a seguir, pasé a ser la ojete; peor aún que la familia hipócrita que cuchicheaba secretos entre copa y copa. ¿Por qué nadie hizo nada por mí?, ¿por nosotras?

—Mi prima se quedó callada.

También yo...

Mamá no me dejó visitar a Carla a la casa nueva de José Enrique. Mi tía había mandado a su hija con “la otra” para deshacerse del problemita.

Te va a hacer algo. Ya lo ha hecho.

No dije nada. Para qué. Tanto sacrificio en vano.

Años después rompí mi silencio. Peor aún. Fue cuando supe que Carla y yo no fuimos las únicas: primas, tías, tal vez nuestras abuelas y seguramente nuestras sobrinitas...

Supervivientes de incesto. Así nos llaman Laura Davis y Ellen Bass.

Qué extraño que a ninguna víctima se le haya ocurrido que ese patrón se repetiría.

—Ni todo el ácido —continuó Carla—. Ni toda la keta, el botiquín completo; nada apaciguó mis fantasmas. Ni siquiera el nacimiento de mi hija. Nadie me visitó cuando

me alivié, y yo de idiota le llevé a su nieta y... esa mirada...

Carla sonrió.

—Un domingo desperté, puse las luchas libres, mi acostumbrado *six* con clamato como desayuno... Fui a casa de la vieja ésa con un cuchillo en mano. Sólo así tuve los huevos para preguntarle: Papá...

Carla se enjugó las lágrimas. Su maquillaje estaba deshecho.

—Papá: ¿por qué me violaste?

Y yo que odiaba a mi progenitor sólo porque no quiso conocerme.

—Con qué cinismo me hizo la lista: amigas de primaria, cuanta niñita le abrió la puerta al cartero mañoso... ¡Ah!, remató. ¡Y también a tus primas de Puebla!

Para algunos es más enfermizo no recordar el porqué. Yo sí fui consciente de cada uno de mis fracasos, de no sé cuántas becas que abandoné porque sí, de los kilogramos que iban y venían, iban y venían. Pero mi prima... Su vida se fue arruinando por algo que únicamente ella ignoró.

He ahí el verdadero crimen de mi familia de sangre.

—Recuperé mi sangre fría para gritarle que pienso orinarme en su tumba en cuanto alguien lo mate.

Carla sonrió.

—¿Sabes qué me contestó el muy hijo de la chingada?

Creí que ya nada podría sorprenderme.

—José Enrique sólo dijo: “¿Y así le hablas a tu padre?” ■